

LA VOLUNTAD DE VENCER EN LA BATALLA DE TORO

por Juan BARRIOS GUTIERREZ

Teniente Coronel de Artillería del Servicio Histórico Militar

La batalla de Toro quedó pormenorizada en las crónicas de la época y originó una amplia bibliografía al correr de los tiempos. Crónicas y bibliografía, junto a un notable acervo de nuevas fuentes, fue depurada y sintetizada por los catedráticos Suárez Fernández y de Mata Carriazo en la historia dirigida por Menéndez Pidal. Consiguientemente no resultaría lógico ofrecer aquí un nuevo relato de la batalla, pareciendo, por ello preferible partir de que dichas fuentes son conocidas y comentar la batalla de Toro desde un punto de vista específicamente militar, enfocándola no sólo como acción táctica, sino también como integrada en la estrategia. Es decir, bajo el gran angular de la conducción de la guerra. Y como estos términos cuentan con demasiadas definiciones, nos atendremos a las de Clausewitz por el doble motivo de su sencillez y de que ningún tratadista militar ha logrado superarlas ni en eclecticismo ni en profundidad. Entendiendo pues por táctica la teoría del empleo de las tropas en el combate, y por estrategia, la del empleo de los combates para el fin de la guerra. Considerando además que ambos enfoques han de ser concebidos eclécticamente ya que en sentido riguroso no podría hacerse cuando en la batalla, no intervienen ni el soldado profesional ni el ejército permanente, que no aparecerán en España sino como resultados precisos de la propia guerra de Sucesión, y de la reconquista de Granada.

En cuanto a la localización geográfica del escenario de la batalla, entre el Castro Queimado de los cronistas portugueses (Castroquemado en el mapa de Tomás López, geógrafo y académico de 1784) y el Peleagonzales (Pelayo González; Peleagonzalo) de las crónicas españolas y de las cartas de Fernando El Católico, parece más justificado preferir este último; pero no sólo apoyándonos en el testimonio del rey Fernando como es lo habitual en la bibliografía española, sino en las consideraciones de que en los relatos se menciona que hay un ala que se apoya en el Duero, y de que en el consejo de capitanes previo a la batalla se adujo como factor adverso que el ejército de Alfonso V, caso de ser vencido, se acogería fácilmente, por su proximidad, a las murallas de Toro. Consideraciones que resultan lógicas

referidas a Pelea-Gonzalo, pero que no lo son con respecto a Castro Quemado, bien distante del río, y más aún de Toro. Queda así Pelea-Gonzalo como escenario de la batalla de Toro.

Sobre el cómputo de las fuerzas en presencia, no encontramos autor que se comprometa. Quizá porque si deducir las del ejército portugués sería posible con suficiente aproximación, las de Don Fernando, junto a una mayor dificultad, presentan términos substractivos de tan compleja determinación como son el de la fuerza que deja para protección de Zamora, y el de los hombres rezagados durante la marcha de aproximación que se regula por una caballería ávida de llegar al contacto. Es decir; todos los que arrastran la artillería y el peonaje, como mínimo. No obstante, como el rey Don Fernando sostiene y corrobora su inferioridad numérica de forma inmediata a la acción, mientras que Alfonso V lo hace diferidamente y en escrito que trasciende insinceridad, el ánimo se inclina hacia la versión castellana.

Admitimos pues que el contingente castellano fuera numéricamente inferior al portugués.

Cualitativamente —sin que ello impida volver sobre este punto—, la balanza se inclina también hacia el bando lusitano. Porque el ejército de Alfonso V integra efectivos de gran veteranía y con un historial de victorias que determinan su apelativo de El Africano; mientras que el de Don Fernando —en cierto grado aún de aluvión— no puede presentar iguales títulos por el momento. Aunque luego los supere con mucho en la dura forja de la guerra granadina.

Por tanto, teóricamente, las tropas portuguesas son de mejor calidad.

A los datos anteriores, en buen grado subjetivos, hay que agregar otros objetivos e incontrovertibles de no menor entidad, cuales son la notable fatiga física que esa marcha ha debido producir en unas tropas que ni siquiera han comido, su mayor dispersión, y su falta de artillería; frente a las de un adversario que han podido descansar, que han dispuesto de tiempo para ordenarse, elegir sus posiciones y establecer un dispositivo defensivo en que se integran, además, armas de fuego portátiles y artillería. De lo que resulta un estudio de los elementos de la acción que desaconsejan absolutamente la decisión ofensiva.

Pese a todo la batalla ofensiva se afronta.

Para enjuiciar esta batalla ofensiva hay que predisponerse a la flexibilidad buscando la adaptación o equiparación a los conceptos preceptivos actuales, de aquellos otros intuitivos y embrionarios vigentes en la época, y apercibirse de que los «tempos» de sus fases no se corresponden con los actuales. Así como aceptar que cuando no existan datos suficientes, habrá que descender a la conjetura.

Quizá convenga destacar ante todo un aspecto de la acción precursora de la batalla que pudo influir perjudicialmente sobre la fase preliminar y sobre el propio desenlace: la exploración. Porque la exploración —naturalmente sólo táctica— no se advierte que mantuviera con el grueso ese enlace íntimo que resulta necesario para poner a disposición del Mando

datos suficientes, oportunos y veraces para documentar su decisión y ejecución, así como para ayudarle a mantener su libertad de acción.

De ahí pudo provenir que el ejército castellano adoptara un dispositivo de despliegue en el que la capacidad potencial de sus unidades venía a quedar en relación casi de simetría con sus oponentes lusitanas con respecto al centro de la línea de contacto. De donde resulta una «falla» peligrosísima del dispositivo al oponer su ala más débil, precisamente a la más fuerte del adversario.

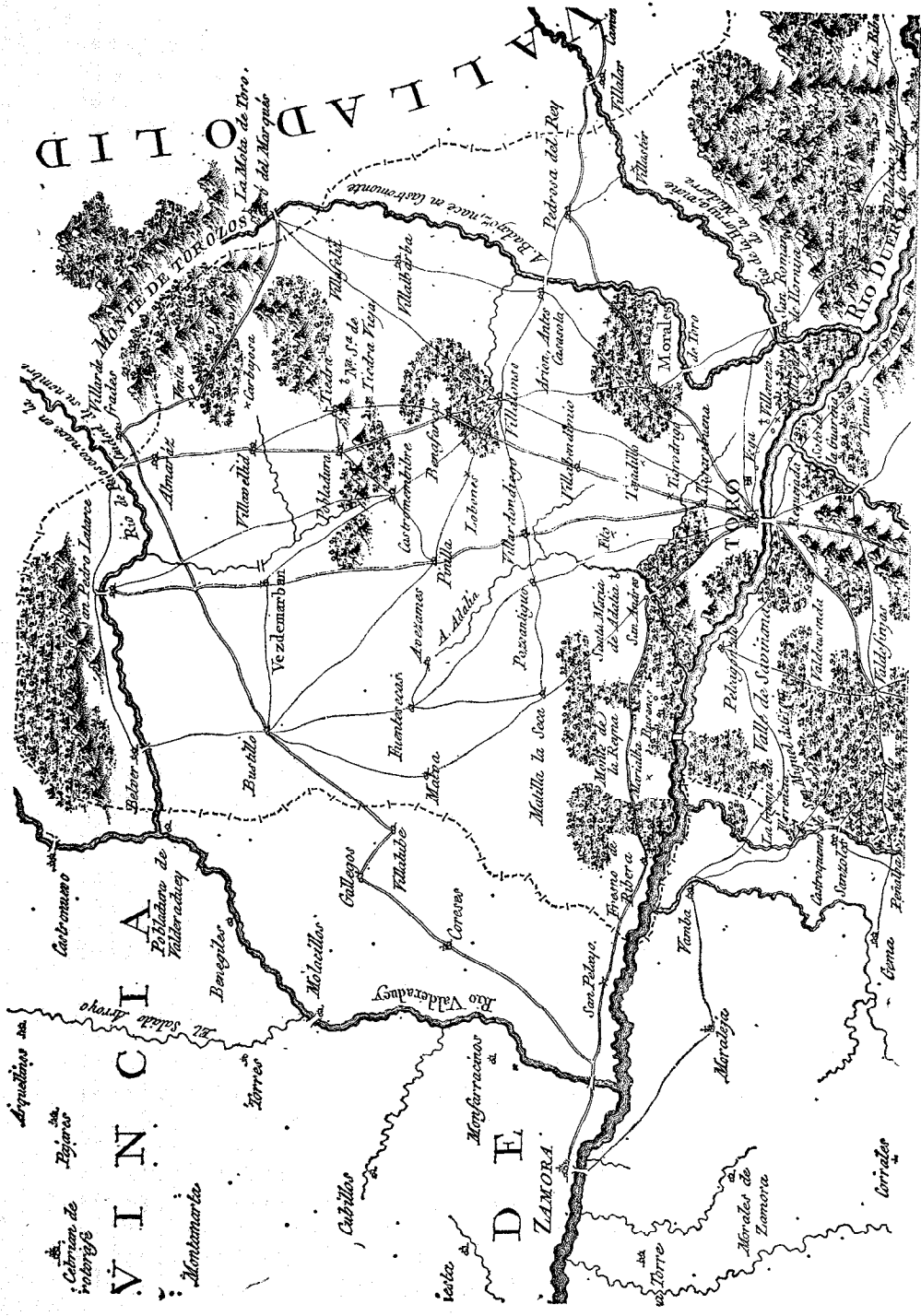
Ello podría justificar que el príncipe Don Juan, invirtiendo el orden natural de la acción —según el cual debían ser las tropas de Don Fernando las que pasaran a la fase de ejecución— tomara inesperadamente la iniciativa cargando sobre dicha ala derecha enemiga con una audacia y una violencia, que bien pudieron proporcionarle la victoria definitiva. Y que, en todo caso, le valieron un señalado éxito parcial.

Por fortuna para el bando castellano, una resuelta y potentísima carga del Cardenal, seguida oportunamente por la del duque de Alba y la del propio monarca —Rey frente a Rey—, lograron restablecer el roto equilibrio, e insistiendo en el esfuerzo con vigor, desorganizar y arrollar a sus respectivos oponentes lusitanos. Son los minutos fulgurantes de la bravura castellana; momentos cruciales en que la simple inercia del impulso lleva imparablemente al triunfo; pero el ala derecha de su ejército, tan seriamente comprometida, actúa como impeditivo para consumir esa fase cruenta y resolutiva que es la persecución. Quizá se produce un flujo desde este campo en ayuda de su ala derecha, coincidiendo con un reflujó de las fuerzas de Don Juan en socorro de las de su padre. A partir de cuyo momento la batalla se transforma en luchas cuerpo a cuerpo tan llenas de ferocidad como renuentes al comentario.

Si mueve —compensadoramente— a disquisición el empleo de la artillería en esta batalla, pues autores modernos lo eluden o menosprecian, llegándose a decir que no juega en ella ningún papel. Aseveración que estimo, cuando menos, discutible.

En primer lugar porque se trata de una artillería campal —de campaña diríamos hoy—, de cuyo uso no será fácil hallar mención en las crónicas castellanas con anterioridad a la batalla de Toro. Ya que si bien sobre la de Olmedo de 1467 se dice que en las tropas mandadas por Alonso Carrillo «había en medio una lombarda armada para tirar en los primeros encuentros», bien es ve que la presencia de una sola pieza no autoriza a decir que se empleó artillería de campo.

En segundo lugar —según nos relata Don Fernando en su repetida carta— Alfonso V, «ordenadas sus batallas puso en la delantera dellas sus sebratanas e espingardas». Lo cual tiene mayor importancia de lo que aparenta porque el colocar la artillería en vanguardia y protegida por guerrillas de espingardas, constituye una primera muestra de empleo táctico de la artillería, un embrión de táctica artillera. Un despliegue que, teniendo en cuenta el alcance y rasancia del tiro de aquellas cerbatanas, aun hoy debe considerarse un acierto. Recordemos, por ejemplo, que en el escuadrón cuadrado de los Tercios, era preceptivo que los 371 arcabu-



Mapa geográfico del Partido de Toro, por don Tomás López, geógrafo de los dominios de S.M., Madrid, 1784, Plano núm. 3.125 de la sección cartográfica del Servicio Histórico Militar (signatura B-9-22, hoja núm. 1).

ceros que guarnecían sus costados, se situaran «... lo más foranos de las hileras... porque han de tirar con horquilla y no se puede estando otros hombres delante de ellos»; inconveniente que se evita en el despliegue antes citado. Y recordemos también que en Waterlloo (1815) cuando Ney —con más apasionamiento que cordura— ataca a Wellington, éste —uno de los generales que «comprendía los ingredientes de la táctica de manera más completa»— sitúa a sus artilleros en vanguardia del cuadro ordenándoles permanecer haciendo fuego con sus piezas hasta el último instante. Disposición y orden que se mostraron muy efectivos, y que —salvadas distancias— admite la comparación con el dispositivo adoptado por la artillería en la batalla de Toro.

En tercer lugar, si en el empleo de la artillería es obligado considerar junto a sus efectos materiales, su efecto moral, podremos conceder razonablemente que el efecto moral de la artillería sobre las huestes castellanas debió ser muy notable por tratarse de un arma relativamente nueva —la cerbatana hace su aparición en España sobre 1440—, cuyo empleo en campaña, si no como sorpresa de medios, sí es desconocida en cuanto a sus efectos materiales; efectos materiales que los castellanos han de afrontar por vez primera a pecho descubierto.

En cuarto y definitivo lugar, que la artillería portuguesa coadyuva en cuantía quizá muy grande a que la batalla presentara para los castellanos un momento de peligro general y a que ofrezca la evidencia de un resultado parcial favorable a los portugueses que éstos emplean como base de argumentación para proclamar su victoria, dificultando así la creencia unánime en la victoria castellana.

Llega ahora el juicio sobre los resultados.

Desde luego aparecen tratadistas sosteniendo una victoria portuguesa. Hombres de criterio estrecho que basan su opinión en que Don Juan mantuvo el campo conforme estipulaban las leyes de la caballería, opinión que a su arcaísmo, unen el lastre de apoyarla sobre un hecho discutible. Otros, igualmente parciales pero más sagaces, deducen del éxito parcial del príncipe «perfeito», una victoria general, incurriendo en el error intencionado de confundir el todo con la parte. Habiendo quienes invistiéndose de pretendida ecuanimidad, sentencian que no hubo victoria para ninguno de los bandos, con lo que evidencian no haber querido o no haber sabido aplicar, las nociones categoremáticas que definen una victoria.

Tampoco se observa justificada la estimativa de tratadistas que sustentan la victoria castellana sobre el testimonio de lo escrito por Don Fernando, con olvido de que el rey es juez y parte; lo que obliga a su depuración y contraste, sin despreciar la particularidad de que también existe el testimonio opuesto, de origen portugués. Cuestión que se contribuiría a dilucidar reflexionando que del lado castellano la afirmación de victoria va firmada por el Jefe del ejército, por el Rey, quien lo escribe a raíz de la batalla y lo confirma en su célebre carta de 2 de marzo de 1476 circulada a las ciudades; en tanto que de la parte lusitana el testimonio se redacta y firma, no por el Jefe del ejército, no por el Rey, sino por el jefe de un ala, por el príncipe Don Juan —cuya apreciación es lógica y doble-

mente parcial —lo que le resta valor; valor que viene aún disminuido por retrasarse su confirmación escrita seis años y en un documento —ya aludido— que difícilmente resistiría un análisis crítico.

Tampoco faltan en la relación quienes si niegan la victoria militar, conceden la victoria política; lo que puede interpretarse como un prurito terminista o como un razonable afán de rigor. Porque el concepto filosófico militar de que la guerra es una continuación de la política por otros medios, trascendió hace más de un siglo a otras áreas de la cultura, lo que convierte su adjetivación en una sutil discriminación de matiz. Pero, sobre todo, en la guerra no es posible separar una ventaja aislada, del resultado conjunto; por lo que la valoración de la batalla de Toro sólo será correcta en tanto y en la medida con que se justiprecie su influencia sobre el resultado final de la guerra.

Y en tal sentido no cabe opción.

La batalla de Toro es una rotunda y trascendente victoria de las armas castellanas.

Descendiendo al terreno de los matices y del terminismo —ya que se acaban de aludir éstos— podría hablarse de que hay derrota portuguesa sin victoria castellana. Derrota moral portuguesa porque quiebra mediatamente la esperanza de Alfonso V en el resultado final de la guerra, sin victoria castellana por la ausencia de un vencimiento inmediato. Lo que sería como hablar de la G.M.I. diciendo que termina con victoria aliada, sin derrota germana. Recurrir a una sutileza diléctica para ocultar la realidad. Puesto que la guerra no es, en definitiva, sino un acto de fuerza para obligar al contrario a la aceptación de la propia voluntad; y tanto vale la victoria en esta versión activa, como en la pasiva de que el enemigo renuncie a imponer la suya. Es más; dada la realidad de que aquella guerra se inicia con la invasión portuguesa y pese a la voluntad castellana de evitarla, hasta resulta más congruente dicha victoria en su versión pasiva.

Victoria castellana —hay que insistir sobre este punto— porque en ella se dan los tres elementos más distintivos en toda idea general de victoria: una mayor pérdida física del contrario, con su centro y ala derecha diezmados —más la colaboración letal del Duero—; una mayor pérdida moral, ya que Toro es el signo virtual de un epinicio castellano; y una declaración pública de tales desventajas, manifestadas por el abandono de su idea primitiva, por encima y con independencia de que en papeles mojados se intentara negar la realidad de los hechos.

Este podría ser el final de una versión militar de la batalla de Toro. Si no fuera porque a estos comentarios les faltaría entonces su parte más ardua y comprometida, como es la de intentar una interpretación causal de los hechos. Lo que en nuestro caso concreto se impone doblemente por la paradoja implícita en una batalla de Toro cuyos elementos integrantes se han estimado globalmente adversos al bando castellano, en tanto que su resultado definitivo se ha enjuiciado como victorioso para el mismo. Lo que estableciendo un paralelismo con la lógica formal, equivaldría a plantear un silogismo cuya conclusión no guarda la necesaria y suficiente

conexión con sus premisas, puesto que de unas premisas prácticamente afirmativas de la derrota castellana, se habría inferido una conclusión negativa de la misma: su victoria.

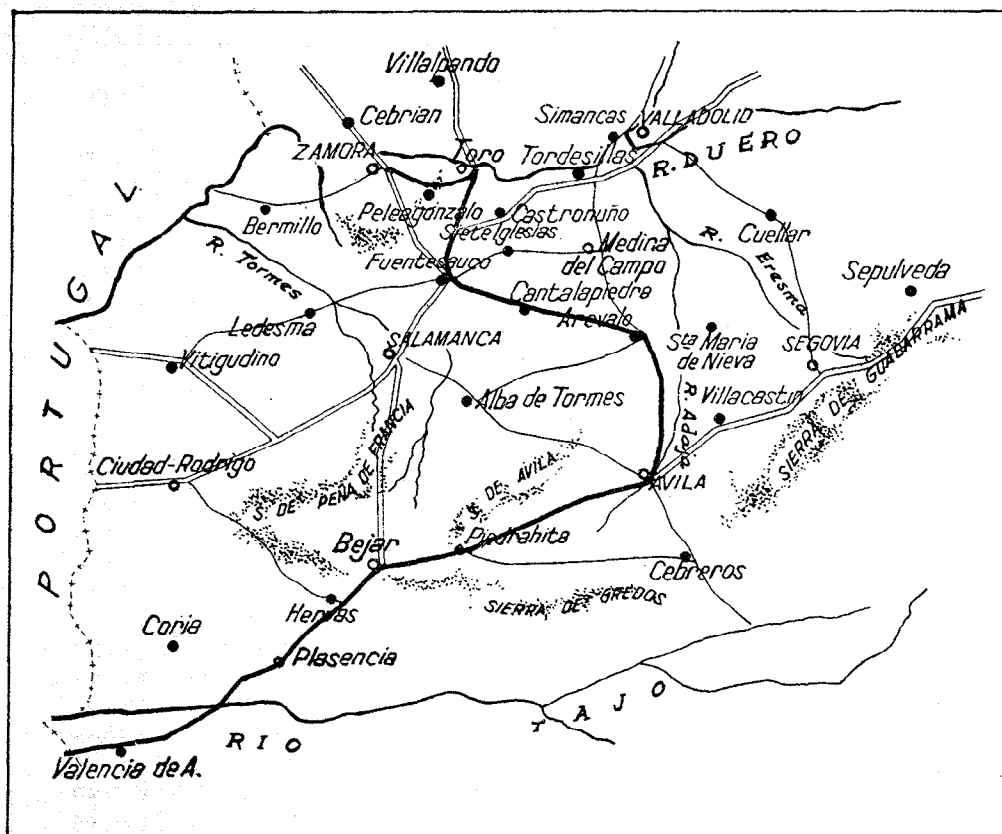
Por ello hay que volver —como quedó advertido— sobre la consideración del factor humano en su vertiente cualitativa.

Quedó advertido, en efecto, que las tropas portuguesas aparecían objetivamente como superiores en orden a su veteranía e historial bélico; se omitieron expresamente las comparaciones entre bravura personal y mutuo sentimiento de hostilidad porque se apreciaban como equivalentes; pero se omitió también la mención de un aspecto insoslayable que diferimos a este momento por el doble motivo de que no lo hemos hallado en las fuentes consultadas, y de que expuesto ahora resaltaría la influencia que pudo tener sobre el desarrollo de la acción. Ese término del planteamiento bélico genéricamente llamado «moral de combate» del que nos interesa su nivel más profundo, su faceta más íntima; lo que —con disculpas— podríamos calificar como moral endotímica del combatiente. Es decir, no la moral circunstancial del soldado de cada uno de los ejércitos, que debe computarse como análoga en ambos, sino el sedimento que en cada uno de ellos se ha ido decantando durante y a consecuencia de las incidencias de esa guerra en curso originando un sentimiento íntimo que, racionalmente, pudo ser de recelo en el soldado portugués, mientras debió ser de confianza última en la victoria para el soldado castellano.

En otras palabras; como consecuencia de la forma en que la guerra ha venido desarrollándose hasta la batalla de Toro, los soldados lusitanos tienen la íntima convicción de estar peor dirigidos y de tener peor mando que sus enemigos castellanos. Factor moral que incorporado a la comparación de ambos, arroja un total de clara superioridad combativa de las tropas castellanas. Hecho que permitiría explicar el que la batalla de Toro no se resuelva con una clara victoria portuguesa como secuela lógica de su brillante e inesperado éxito inicial, como también el que, transformada la batalla en un duro choque frontal con agotamiento de las energías físicas, sean las tropas de menor calidad específica pero de superior moral combativa, las que se alcen con la victoria.

Que esa moral de combate superior se basa en las realidades de una mejor conducción de la guerra y de un mando supremo mejor dotado para su misión, obliga a defender dichas afirmaciones, si no con el cúmulo de argumentos posibles, sí al menos con un esquema de los mismos.

Efetivamente; el ejército portugués que inicia la guerra con una aplastante superioridad de medios y prácticamente sorprendiendo al adversario ya que en ese momento el bando castellano está falto de hombres, de armas y de dinero, ve como Alfonso V detiene su avance, incurriendo así en un grave error, que permite a la febril actividad de Isabel y Fernando, crear las bases de una posibilidad defensiva; aprecia su carencia de vigor para dirigirse a objetivos que se le presentan con claridad de opción y con presunción de resolutivos; desaprovecha los meses propicios y las oportunidades de acción combinada con Luis XI; se para y retrocede ante ocasiones tan favorables que sólo precisan su decisión de atacar para brin-



Croquis de la zona de la batalla de Toro, reproducido de un grabado de la época.

darle la victoria y que en definitiva su rey, en vez de conducir la guerra, deambula al frente de sus tropas sin decisión, sin fe y sin norte, creando en éstas el sentimiento íntimo de que sus esfuerzos y sus sacrificios han sido estériles y lo seguirán siendo en el futuro.

Por el contrario, los Reyes Católicos hacen gala de una entereza ante las adversidades y de una fe, sin límites. Demuestran conocer y ponen en práctica todos los medios directos o indirectos de fortalecer la propia situación, y de debilitar la del enemigo; sean estos medios los de guerra regular o irregular, los políticos, o los psicológicos. Extraen de sus fracasos enseñanzas que ponen inmediatamente en ejecución y cambian sus planes generales para adaptarlos a la realidad cada vez que ésta así lo aconseja, y hasta llegando en determinados momentos a rozar el límite de la genialidad.

Sin llegar a un estudio exhaustivo, señalaremos a dicho fin dos aspectos

tomados casi al azar. Uno, su plan inicial de crear puntos resistentes que canalicen el avance enemigo amenazando su retirada y aceptando implícitamente su penetración; lo que supone una concepción táctica de que la idea de perder la retirada conlleva a veces la paralización del movimiento y la pérdida del vigor ofensivo, concepto que sólo más tarde se hará normativo; de igual manera que al intuir la posibilidad de ser más fuerte en el centro del propio país invadido —cuando agotada la fuerza ofensiva del contrario las propias pasan al campo ofensivo—, se anticipan de hecho a lo que no se dará por sabido hasta que Rusia lo demuestre en 1812. Y otro la decisión, casi con rango de primacía, de continuar la lucha en estación invernal, rompiendo audazmente el inveterado molde de «los ejércitos se retiraron a sus cuarteles de invierno», impidiendo así que el ejército invasor rehaga durante ese tiempo sus quebrantadas fuerzas y su decaída moral. Conjunto de circunstancias que origina en las tropas castellanas la fundada esperanza de que sus esfuerzos y sus sacrificios tendrán como fin último el premio de la victoria.

Y otro tanto ocurre con respecto a los Mandos Supremos.

Porque si bien Alfonso V presenta en su Haber una experiencia bélica y de Mando y hasta un valor físico quizá más demostrados que los del Rey Católico, éste le supera en cualidades específicas tan fundamentales como lo son: el valor moral (para Jomini, el que conduce a las grandes resoluciones); el talento, condición imprescindible para acertar la ruta por el amplio y complejo campo de la Estrategia; la perseverancia, tan necesaria en la guerra porque las cosas aparecen distintas a como se creyeron y continuamente cambiantes; la energía en fin y la intrepidez en la conducción de la guerra, fuerzas catalizadoras, porque multiplican fácticamente la energía de los demás.

Es cierto que en el bando castellano el Mando Supremo está ejercido, de hecho «bicéfalmente» por Fernando e Isabel; pero esto, que podría haber constituido una razón de debilidad se transforma felizmente en una razón de fuerza porque ambos soberanos, en lugar de interferirse en sus acciones, se complementan, que no en balde, como dijo el general Vigón, Dios concede a Fernando la compañera más valiente, más arriscada, más discreta y de más claro juicio que un soldado y un rey hubiera podido apetecer.

No es extraño por ello que los Reyes Católicos, unidos por el noble vínculo del amor y ambos al servicio de una Política de Misión, superaran la dificultad mediante una distribución de misiones por la que (como anticipándose a Taylor en su «división del trabajo») a Fernando le corresponde la distribución de guarniciones y el mando de las huestes, y a Isabel, la recluta de hombres, la consecución de dinero, de material y de aprovisionamiento. Podría sintetizarse: A Fernando las Armas y a Isabel los Servicios. Pero en íntimo contacto que mantiene la «unidad de mando», y con flexibilidad, que hacen posible la presencia de Isabel al frente de fuerzas próximas a modo de reserva, con amagos hostilizadores e incluso como amenaza abierta sobre los flancos o contra la línea de retirada ene-

miga. De tanta eficacia a lo largo de la guerra, y especialmente acusada durante la batalla de Toro.

En suma, pues, una moral de combate muy superior en el ejército castellano, como efecto natural e inducido de un Mando Supremo de más altas cualidades y de una «Dirección de la Guerra» llevada con tanta energía como admirable intuición. Porque, analizando el Mando de los Reyes Católicos en términos de lo que nuestra Doctrina táctica denomina Principios del arte de la guerra, se evidencia en ellos superioridad en:

— La «Voluntad de Vencer» porque logran imponer la suya propia al enemigo en una mayoría de situaciones, aún en las desfavorables. La «Ac-



Sello rodado de los Reyes Católicos reproducido de un dibujo de la época.

ción de Conjunto», haciendo concurrir a un mismo fin cuantos elementos tienen disponibles para el caso. La «Sorpresa», de la que se valen para obligar al enemigo a combatir en condiciones de inferioridad, provocando la acción en el lugar, momento o con medios y procedimientos por él inesperados, logrando el consiguiente quebrantamiento de su moral. Principios, como es sabido, fundamentales y aun considerados como inmutables.

Y en cuanto a los Principios derivados, encontraremos que: La «Libertad de Acción», como posibilidad de decidir, preparar y ejecutar los planes pese a la voluntad del adversario, que al comienzo de la guerra es atributo de Alfonso V, le es arrebatada en el transcurso de la lucha por el Mando castellano. Que los Reyes Católicos realizan durante ella una pon-

derada distribución de los medios disponibles dedicando a cada misión sólo los indispensables en orden a reservarse un máximo para las acciones decisivas, lo que supone poner en práctica el de «Economía de Fuerzas». E incluso que hasta la Fortuna les fue propicia (porque eran jóvenes, que hubiera dicho Carlos V) en ocasiones como la de Peleagonzalo, supliendo la falta de «Aprovechamiento del éxito», con la cruenta acción subsidiaria del Duero.

En conclusión y como resumen de lo expuesto quedaría que:

- La batalla de Toro de 1476 terminó con una clara y brillante victoria de las armas castellanas.
- Las causas determinantes de aquella victoria fueron análogas a las que produjeron el triunfo final de igual signo, en el total de la guerra.
- Estas causas podrían sintetizarse en última instancia, como una resuelta e inquebrantable «Voluntad de Vencer» por parte de los Reyes Católicos frente a una actitud global de Alfonso V el Africano, que podría calificarse (según se haría más tarde con Kuropatkine en la guerra ruso-japonesa), como «Voluntad de Retirada».

BIBLIOGRAFIA

- ARANTEGUI y Sanz, José: «Apuntes históricos sobre la Artillería española», Madrid, 1887 y 1891.
- BALLESTEROS Beretta, Antonio: «Historia de España», Madrid, 1934.
- BERNÁLDEZ, Andrés: «Historia de los Reyes Católicos», 1870.
- CÁNOVAS del Castillo, Antonio: «Historia de España», Madrid, 1892.
- FERNÁNDEZ Duro, Cesáreo: «Memorias históricas de la Ciudad de Zamora», Madrid, 1882. Y Boletín de la Rcal Academia de la Historia, tomo XXXVIII (refutando a Sousa Viterbo).
- LAFUENTE, Modesto: «Historia General de España», Barcelona, 1887-1900.
- MENÉNDEZ Pidal, Marcelino: «Historia de España», Madrid, 1969.
- PULGAR, Hernando del: «Crónica de los Señores Reyes Católicos», Valencia, 1780.
- VIGÓN, Jorge: «Historia de la Artillería Española», Madrid, 1947. Y «Fernando el Católico Militar», Madrid, 1952.
- ZURITA, Jerónimo: «Anales de la Corona de Aragón» y su «Historia del Rey Fernando el Católico», Zaragoza, 1699-71 y 1670.